

"LES FAUSSES CONFIDENCES" DE MARIVAUX-L'IMPROMPTU DE LA COMPAGNIE (Compañía Madeleine Renaud-Jean Louis Barrault, Teatro Segura): En el enredo amoroso de la comedia intrascendente, en el cual las figuras semejan estatuillas de porcelana, los actores de este conjunto teatral francés no desmienten la indole esencialmente interpretativa de sus creaciones. Aquí los movimientos son distinguidos y elegantes en los personajes que podríamos llamar serios, y farsescos y contráctiles en aquellos que representan a los bufones de origen italiano. Alguien, de agudo sentido de observación, calificó al espectáculo de Marivaux "caja de música", y la metáfora es cierta. Parece que los actores, vestidos con colores vivos y solares, actuaran movidos por un mecanismo delicado y que se deslizaran en la escena, dentro de la ingenua intriga de la pieza, por resortes de inaprensible sutileza interna. Los dos criados, de otra parte, saltan como muñecos vibrantes, picaros, ligeros, y urden el problema, sobre todo Dubois, magníficamente encarnado por Barrault, como si fueran los únicos dueños ahí de la inteligencia trapacera. El señorío de la Renaud hace recordar los "bibelots" de más puras formas, en tanto Simone Valere, Marie Helene Daste, Pierre Bertin y Jean Desailly componen sus tipos con la soltura de quienes los conocen bien. Granval, en Arlequin, derrocha su simpatía escénica. Entretenimiento neto, la farsa de Marivaux hizo gozar sin pausas al público. A ello contribuyeron trajes y decorados de Maurice Brianchon.

PERO EL IMPROMPTU no fue menos atrayente. Hubo, primero, poesía. La gran poesía francesa en labios de estos actores que tan bien saben decir. La Fontaine nos ofreció su paciente lección moral; Marceline Desbordes Valmore, su melancólica hondura; Lamartine y Musset, su hálito lírico, colmado de pasión; Hugo, su rico imperio poético. Los "malditos" —en las voces de la Daste, la Renaud, Barrault y Granval— estuvieron presentes, seguidos por Fort, Aragón, Prevert, Desnos —éste en una estupenda interpretación coral— y Eluard, cuyo poema "Liberte" el director de la compañía convirtió en una canción que todos en la sala seguimos con el alma enajenada. Más ahí no terminó el espectáculo. Desailly y Bertin cantaron tonadas del gusto parisiense, tan propio como cosmopolita, y al final, Jean Louis Barrault nos entregó un poco de su magnífico arte mímico: la subida fatigosa de la escalera, el baño en el mar, la costura de un botón y el caballo de circo. Todo el dominio de la expresión corporal se dio en esta selección breve y, sin embargo, inolvidable de la sabiduría técnica del promotor de esta compañía que hoy Lima despedirá con tristeza.